

testa. Así los dos hijos de Claudio estaban heridos de muerte y sentían al partido el escozor de su herida. Mas cada cual, para defenderse y salvarse de algún modo, seguía lo más imperioso que hay en la naturaleza, el mandato imperativo de la complexión connatural á su correspondiente sexo. Así Octavia se proponía rogar, plañirse, conseguir por lágrimas y suspiros la salvación de su hermano infeliz á quien idolatraba, mientras Británico extendía las manos y elevaba los ojos al cielo, prometiendo por sus progenitores muertos y por sus dioses lares desafiar al destino si era preciso, y si era preciso morir, pero morir combatiendo y matando. ¡Cuán desigual combate!



### CAPÍTULO III

#### ¿QUIÉN GOBIERNA?

Algunos meses han pasado tras las escenas anteriores y en su transcurso ha cogido Agripina el gobierno, dejando á Nerón el placer. Así, cuando hijo y madre se hallan reunidos en la misma estancia, la madre parece una diosa y el hijo un esclavo.

— Que promulguen, Vitelio — dice la emperatriz, dirigiéndose á este su ministro allí presente, — que promulguen mi título de sacerdotisa del emperador Claudio.

— Quedará promulgado — responde á la orden el ejecutor, especie de maniquí movido por Agripina.

— Que me designen dos lictores como á los cónsules.

— Quedarán designados.

— Que no se reúnan los senadores en el templo de la Concordia y de la Victoria.

— Se reunirán donde tú digas.

— En el Palatino y en el palacio.

— Ya sabes que las mujeres no pueden asistir á tan augustas asambleas.

— Quiero verlos en mi cuarto.

— Hágase así.

— ¡Vaya si habrá de hacerse!

— A grave disgusto estás expuesta por cosa tan baladí.

— ¡Ca!

- Más fácil herir cien derechos que olvidar una tradición.  
 — Bueno. Vendrán á palacio; y para cumplir el ritual, asistiré tras una cortina.  
 — Eso es mejor. Ya puedes atropellar la substancia de sus prerrogativas con tal que guardes las apariencias de todos los respetos.  
 — Dondequiera yo resida, se apostará una cohorte de pretorianos designada por mí.  
 — Designala según tu grado.  
 — ¡Nerón! — dijo la madre, dirigiéndose al emperador para dis-



Lictores

traerle con artificios, en el temor natural á que comprendiese cómo su diadema era en realidad una triste argolla.

— Madre — dijo el cuitado al oír tal llamamiento.

— ¿Por qué no te diviertes un poco?

— ¡Sopla! — exclamó Vitelio al paño; — ¿aún quiere divertirlo más?

— Como gustes, madre y señora — dijo el emperador, en apariencia muy humilde y en realidad muy humillado.

— Viene la noche y, para holgarte un poco, debes traer algún artista.

— Que venga Terpno.

— Vendrá — dijo Vitelio, ejecutor

de cuantas órdenes daban Agripina y Nerón.

— Ni el pensamiento mueve la palabra, como Vitelio la ejecución y cumplimiento de cualquier mandato nuestro — dijo Agripina.

— Prefiero esta noche á cualquier otra diversión el arpa — dijo Nerón.

— Y prefiriéndola, imposible hallar un arpista de suyo tan perfecto y consumado cual el preferido por ti esta noche — añadió Agripina.

— Toca en verdad como un Apolo de Delfos — observó Nerón.

— Y en efecto, con la túnica tan amplia y alba, el manto tan rojo, las áureas sandalias á los pies y á las sienas el verde laurel de Dafne, parece un dios — dijo Vitelio

Y apenas había hecho esta descripción, cuando apareció Terp-

no, vestido como un Apolo y con su arpa oriental en las manos.

— Ven, acércate — le dijo el emperador al artista, que se presentaba intimidado.

— ¡Loados seáis, oh dioses! — exclamó el arpista en las naturales adulaciones, dictadas á estos cortesanos músicos, primero por su carácter oriental, puesto que provenían del Asia, y después por su oficio vil, pues nada que imprima tanta vileza en el alma como esta obligación de divertir á todos los potentados en la vida.

— Terpno, me has llamado tu dios, le has llamado á mi madre diosa. ¡Oh! Aquí no hay más religión que el arte, compuesto de divinas revelaciones, ni más divinidades que los artistas, inspirados del cielo.

— ¡Cuánta bondad!

— El arpa sirvió á Platón para demostrar la inmortalidad del espíritu — dijo Nerón.

— En efecto — añadió el artista, — como las cuerdas producen, tocadas por el plectro, un sonido superior á ellas.....

— Producen los humanos cuerpos, tañidos por Dios, aunque sujetos á la muerte, una esencia inmortal — dijo Nerón interrumpiendo.

— Tañe, tañe, Terpno — exclamó Agripina.

Y obedeciéndola Terpno, produjo en el arpa unos acentos muy melodiosos.

El emperador, en sus audiciones, pasaba por toda la escala de una emoción intensa y varia. Cuando el artista recorría, en los preludios, con sus dedos todas las cuerdas, él temblaba en tales términos que se parecía su cuerpo á un arbusto agitado por los vientos y herido por las centellas del cielo. Si tocaba el artista con dulzura, el emperador caía en una especie de arrobamiento extático. A lo mejor se derretía en lágrimas éste, mientras estallaba en cánticos aquél, y lloraba el cuitado con corona como una mujer ó como un muchachillo. Su exaltación tocaba en epilepsia, y lo mismo se ponía en sus arrebatos á danzar como una bailarina gaditana, que á revolcarse por el suelo como nuestros poseídos del demonio. Ya se magnetizaba, que decimos en la lengua científica moderna, experimentando esta electrización que los antiguos también como nosotros sentían, pero no explicaban como la explicamos nosotros. Resultado: el arpista le comunicaba un movimiento extraordinario

al corazón de aquel joven, el corazón transmitíalo de suyo á los nervios, los nervios á los músculos y los músculos á todo el cuerpo, que, según decimos en la lengua vulgar, echaba chispas. En cosa ninguna como en las emociones artísticas se notaba que Nerón era un enfermo, un verdadero nervioso, lo que llamamos hoy un verdadero neurótico, cuando siempre se ha debido llamar locos á tales infelices. Así, después de haberle por tal manera hecho desvariar y desalmarse y conmovirse, había que pasar á cualquier otra diversión menos imperiosa, muy precavidamente dispuesta por Agripina para que su hijo gozase de todo en este mundo menos de su imperial corona.

— Mira, Nerón — decía su madre, creyéndole un poco fuera de sí á los efectos de la música, — divierte tu ánimo del arte músico en cualquier otro recreo provechoso.

— Como tú quieras, madre mía — contestaba Nerón, á quien le bastaba en los primeros días de su mando el honor de su imperio y no se acordaba del goce.

— Vengan los libertos y hagan gimnasia.

— Vengan — decía Vitelio.

É inmediatamente aparecían y trabajaban en evoluciones verdaderamente vistosas.

— Traigan los carros de marfil — mandaba la emperatriz por mandarlo todo.

Y en efecto, traían unos carritos pintados de diversos colores y puestos sobre una tabla de dados, para que corriesen sobre su tersa superficie y recordasen las fiestas olímpicas helenas.

— Fuera de Grecia no se puede vivir — decía el emperador.

— Como que aprendí yo en ella — le observaba el arpista — mi divino arte.

— Y á tal escuela debes tus inmarcesibles lauros — le aseguraba Nerón.

— En Roma — decía Vitelio — nos hemos penetrado de la utilidad del juego de carros, en términos tales que los celebramos con inusitada frecuencia y nos ponemos los colores de aquellos cocheros que preferimos, peleando por ellos cual pudiéramos pelear en los tiempos antiguos y clásicos por los Escipiones ó por los Gracos.

— Y eso está muy bien — observó Agripina, — porque si las lu-

chas por los Escipiones y por los Gracos provocaban al derramamiento de sangre, las luchas por los cocheros mejores sólo provocan á la risa y al placer y al holgorio.

— Ya estoy cansado de esto — decía Nerón, que primero se fastidió del arpista, después de los gimnastas y por último de los carros.

— ¿Quieres otra diversión? — le preguntó su madre.

— No — dijo Nerón secamente.

— ¿Qué quieres? — le preguntó de nuevo su madre.

— Que se retiren estas gentes.

— Que se retiren — repitió Vitelio.

É inmediatamente se retiraron.

— ¿Quieres que venga gente nueva? — le preguntó su madre.

— No. Quiero hablar de la gobernación del imperio — dijo

Nerón.

— ¿Qué has dicho? — preguntó Agripina maravillada y como si no prestase crédito á sus propias orejas.

— Pues que quiero hablar de cosas y especies referentes al imperio.

— ¿Al im... pe... rio? — preguntó Agripina, balbuciente de rabia.

— Sí, al imperio.

— Habla.

— Quiero que aumente la dignidad del Senado.

— Pues eso equivale á querer que disminuya la dignidad del imperio.

— ¡Agripina! — díjole con acento misterioso el ministro Vitelio á la emperatriz, recordándole como no podía tomar el toro por los cuernos y emular al hijo con tanto aparato de majestad y fuerza propia, pues había menester de más recato y de menores ostentaciones.

— ¡Vitelio! — respondió á la insinuación del ministro Agripina con los gestos de aquellos á quienes les pisan un callo en cualquier útil advertencia, quienes, si bien sienten la molestia rayana en dolor, agradecen muchísimo el consejo.

— Vamos — dijo Vitelio, dirigiéndose con arte y disimulo al emperador, como si quisiese ahogar en germen todo conato de desconocimiento del poder de Agripina, — vamos; dile á tu madre lo que

piensas, Nerón, respecto de la gobernación imperial, pues te atenderá ella.

— Pienso que restablezcamos privilegios del cuerpo senatorial heridos ó menguados por la ley Sempronía.

— Eso te lo han sugerido Persio y Lucano — exclamó Agripina.

— Me lo ha sugerido mi propia conciencia — dijo Nerón.

— ¡Un hijo de Æneobarbo con interior conciencia! — exclamó Agripina. — No vi jamás cosa tan rara.

— Pues tendrás que acostumbrarte á verla — le murmuró en el oído Vitelio á la emperatriz.

— Por tal camino pronto desharemos la obra de Farsalia — dijo Agripina, — como quieren Persio y Lucano.

— Obra difícil de deshacer — dijo Vitelio.

— Hablad cuanto queráis — añadió Nerón. — Yo quiero que se devuelvan al Senado las atribuciones judiciales de que mis antecesores lo despojaron; yo quiero que se prohíba desde hoy á los abogados recibir salario ninguno de sus clientes; yo quiero que se dispense á los pretores de dar fiestas públicas.

— Tú quieres una Roma nueva, como la que pintan esos republicanos sobrevivientes á la república muerta, que desearían volver sobre Utica, sobre Farsalia, sobre Filipos, resucitando á Pompeyo, á Bruto y á Catón.

— Será todo cuanto quieras; mas deseo cumplir al pie de la letra los discursos dichos por mis labios en el Senado.

— Y ese deseo tiene mucho de legítimo — dijo Vitelio por decir algo.

— ¿Cómo legítimo? — exclamó Agripina en son de senatorial discurso y con ademanes y gestos de orador verdadero. — ¡Legítimo! Por decir menos han perdido muchos la vida. No hay aquí legítimo sino aquello dispuesto y prescrito por la voluntad omnipotente del César. Lo demás no vale cosa. Y esto debías bien haberlo aprendido, Nerón, en el ejemplo de tu madre, que ha puesto la voluntad imperial en los topes del mundo romano. Pero lo aprendido en mis ejemplos lo has desaprendido en tus maestros. Yo te he enseñado en la educación lo contrario de aquello que has visto en la vida. Con una tolerancia incomprensible dejé satirizarse Persio el imperio y evocara Lucano la república. Pues bien: debo de-

cirte que, mientras yo viva, no habrá en el imperio ninguna otra voluntad sino la mía, y cuando yo me haya muerto, no habrá en el imperio ninguna otra voluntad sino la tuya. ¡Buena jera cumplir los discursos pronunciados! Esos discursos se pronuncian para no cumplirlos. Cuanto más tienen de retórico, menos tienen de cumplideros. Se dicen por decirlos. Hay que halagar las conciencias halagando al mismo tiempo los oídos. Debe hacerse hasta el mal invocando el bien. Pero creer este bien realizable de suyo en la práctica porque lo habéis prometido en teoría, parece una demencia propia de quien, metido en el estudio, cree todo lo ideal hecho sólo por haberlo pensado. Con decir que Séneca cree cumplir sus deberes de republicano y estoico, no sentándose á tu mesa y no consintiendo que lo beses en público, está dicho todo. Dejaos de aprensiones ridículas, dejaos completamente. Para el gobierno se necesita una falta de aprensión que nos permita saltar sobre todas las barras y no pararse ante ningún obstáculo. Hacedos de miel y os comerán las moscas. Los emperadores únicamente consigo contraen deberes, y como no tienen obligación alguna de prometer, tampoco tienen obligación alguna de cumplir. Podemos cambiar de opinión, cual cambian los dioses, y sin género alguno de imposición, dictada por nadie y menos por nosotros mismos, estamos en el caso de hacer aquello que nos dé la imperial gana. Así lo quiero, pues así lo mando, y mi voluntad augusta es tanto ley del mundo cuanto propia ley mía. Y esta ley se discute, se sanciona, se promulga, se impone de suyo en un instante con una determinación de la voluntad por el pensamiento dentro de la conciencia. Vámonos, vámonos á recoger y á dormir, que muy engolfados en oír el arpa, ver los gimnastas, correr los carros, hemos consumido la noche, y mañana tenemos que levantarnos temprano para recibir á los embajadores de Armenia.

— ¿Cómo á los embajadores de Armenia? — preguntó el emperador con extrañeza, muy cansado de sufrir las usurpaciones del poder suyo perpetradas por su madre, quien ya empezaba de suyo á molestarle como era muy natural.

— Sí, Armenia — dijo Agripina, dando una lección de geografía con arte sumo á su hijo, que no la necesitaba. — Su monte Ararat puede llamarse como el núcleo de todas las cordilleras en el Asia

Menor. De sus montañas descienden el Tigris y el Eufrates, esos ríos que guardaran en sus senos tantos misterios de religiones, tantas cunas de dioses, tantas lágrimas de siervos. Estas regiones montañosas, pero de una situación excepcional, sirvieron á los griegos y nos sirven á nosotros para captarnos el Oriente y sus pueblos. Así es que la sirena griega, escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir á los austeros profetas israelitas. Los hebreos, que á la vista de su templo jamás cometieran un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia reposando bajo sus cedros y oían los cánticos eternos del espíritu griego que habían dejado los seleucidas en aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevaricaban y ponían en olvido al dios de sus padres. Y como el espíritu griego, por una ley general de la historia, debía filtrarse mucho en las venas de Asia para devolverle la vida que de Asia recibiera, no pudiendo penetrar por las puertas del templo judío, cerradas á toda idea extraña, derramábase por Armenia para que los pueblos asiáticos templaran la sed infinita de sus almas en las mismas ideas suyas, templadas por el maravilloso genio helénico. Armenia sufrió muchas transformaciones. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada persa era para los pueblos aquellos como el cayado de los pastores para los rebaños. Pero, como quiera que la espada persa no podía sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellas montañas un conquistador nuevo, que lleva el sello de la predilección del destino en su frente, y en sus manos las cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus labios palabras de amor para impregnar de un espíritu nuevo aquellos aires. Este hombre se llamó Alejandro. Después quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los seleucidas, los sucesores del milagroso Alejandro, encargados de velar por las ideas que, como un filtro de nueva vida, les había llevado el conquistador desde Grecia. Luego, en aquella larga historia del Oriente, Armenia sufre grandes transformaciones, ya entregada por su mal á los parthos, ya vencida por Mitridates del Ponto, ya sojuzgada por otros pueblos y reyes, pues parece que un hado adverso ha querido no se pertenezca nunca jamás á sí misma. Armenia debe ser un campo de batalla para Roma. Tenemos

frente y contra nosotros los germanos del Rhin, los getas del Danubio, los parthos del Eufrates. Para sujetar á los germanos habemos menester las Galias, para sujetar á los getas la Tracia, para sujetar á los parthos la Armenia. Y la razón de estos tres puntos

estratégicos es bien simple: los necesitamos para tener en paz los pueblos nuestros y para preservar de la barbarie al imperio. Y en efecto, los germanos blandiendo sus espadas, los getas lanzando aullidos horrorosos, los parthos caballeros en sus monturas salvajes, con el arco en la mano y el carcax en la espalda, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y sus dominios, están siempre anhelantes de caer sobre Roma para pisotear su diadema, fundir su cetro repartirse sus despojos. Los parthos, especialmente, así que



Tiridates, rey de Armenia (estatua del museo del Louvre)

tuvieron Armenia, por un instinto seguro de combate amenazaron á Roma. Y en efecto, Artabán, rey de tal pueblo, se posesionó de Armenia y sacrificó al infeliz Triganis, que había su propio dios abandonado para recibir el antiguo espíritu de los seleucidas. Pero en tiempo de tu padre Claudio, el ilirio Mitridates se apoderó del trono de Armenia. Mas bien pronto Radanustho, á quien Mitridates recibiera

como á un hijo, le ahogó y se posesionó de su reino. Entonces los parthos proclamaron á Tiridates rey de Armenia. Pero Corbulón, el general nuestro, dice que no consentirá ningún monarca en tal trono sin haber antes de manos del pueblo rey recibido su corona. Y nos envían una embajada. Más de nueve meses han tardado los embajadores en llegar á nuestras puertas, y nos traen átomos del cuerpo de todas las generaciones para mezclarlos con las tierras del Foro y formar así el cuerpo de la nueva Roma imperial y humana, que ha de llenar el mundo y ha de cansar á la historia.

— ¡Magnífica disertación — dijo el emperador á su madre, — digna de figurar junto á las mejores que compuso para mi uso y regalo el buen Séneca!

— Como que tu madre se quema las cejas, Nerón mío, para exentarte de todos los quehaceres y dejar libres tu tiempo y tu gusto.

— Ya lo creo, y te doy por ello las más rendidas gracias. Pero no se trata de semejante cosa, no se trata de la ciencia en todos los ramos del saber y de las aptitudes para todas las formas del gobierno.

— Pues ¿de qué se trata? — preguntó Agripina muy recelosa.

— De una observación.

— ¿Cuál observación es? — preguntó Agripina, impaciente porque las respuestas á su maravillosísima ciencia en los asuntos armenios fueran una serie de observaciones que á ella le parecían impertinentes.

— ¡Perdón, madre, perdón!

— No. Como es tan tarde, ya el sueño que tengo me pone un poco inquieta.

— Pues aquíetate, madre mía, y hablaremos mañana.

— Mañana no, ahora mismo.

— ¡Perdón, mañana, madre mía!

— No podría dormir si dejase pendiente tu observación y sobre todo mi respuesta.

— Nerón, te ruego que hables — añadió Vitelio, interviniendo mal de su grado en la conversación á un gesto de Agripina.

— Pues la observación que yo pienso hacer parece mucho á una observación que tú has hecho, Vitelio, también.

— ¿Cuál? — preguntó éste.

— No la recuerdo — dijo Agripina, creciendo en impaciencia según que Nerón aumentaba las dilaciones á satisfacer sus preguntas.

— ¿Qué dijiste tú, Vitelio, respecto del Senado, cuando dió mi madre órdenes de traer los senadores al Palatino? — preguntóle Nerón.

— No comprendo — dijo Vitelio, confuso de la punta que iba el joven sacando á sus observaciones y temeroso de que Agripina se enfureciese con él y le jugase alguna de sus malas partidas.

— ¿Ves, Vitelio, cómo no puede uno hablar delante de estos mocosos?

— ¡Mocoso! — dijo el mancebo con extrañeza.

— Estoy segura de que no retiene una palabra de cuanto he dicho sobre Armenia, y ahora sale por el registro de las observaciones del buen Vitelio respecto al sitio donde las asambleas del Senado debían celebrarse. Vamos, hay para perder la cabeza viendo á lo que ahora se atreven los muchachos. Yo culpo muy especialmente á las sátiras de Persio y á los versos de Nerón.

— Pero, madre, te ha dicho Vitelio que no podías asistir al Senado.

— Sí lo ha dicho.

— Y una observación que hace Vitelio, ¿no puede un emperador hacerla también?

— ¡Nerón!

— ¡Agripina!

— ¿Cuál vocablo diste á las tropas en el momento de tu exaltación?

— A la mejor de las madres.

— ¿Lo recuerdas bien?

— Ya lo creo.

— ¿Dijiste lo que sentías?

— Lo que sentía dije.

— Pues la mejor de las madres te dice que es también la mejor de las emperatrices.

— Pero ni á la mejor de las madres ni á la mejor de las emperatrices le permiten las leyes asistir al Senado.